

Ediciones "BOLETIN LIBERTAD"

EDITORIAL DEL COMITE REGIONAL N° 10
del M.L.E. - C.N.T. en Francia = BRETANA

FOLLETOS PUBLICADOS :

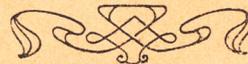
- « *Esbozo sobre la autoeducacion de los Jovenes* », por DEDALO 32 pag. 8 fr.
« *¿ Herejias ?* », por J. PRAT 32 pag. 8 fr.
« *Porqué somos anarquistas* », por SAVERIO MERLINO. 32 pag. 8 fr.

PEDIDOS : C. CABESTANY, 6, rue Nantes, Rennes

Compañeros : Leed, propagad, colaborad en « LIBERTAD » organo del Comite REGIONAL DE BRETANA del M.L.E. - C.N.T. en Francia.

SAVERIO MERLINO

¿ PORQUÉ SOMOS ANARQUISTAS ?



EDICIONES
BOLETIN "LIBERTAD"

N° 3

1946

Precio 8 fs.

FONDO CARLO DOGLIO

N. 1056

SAVERIO MERLINO

¿PORQUÉ SOMOS ANARQUISTAS?



EDICIONES
BOLETIN "LIBERTAD"

Francia 1946

INTRODUCCION

Todo obrero, todo hombre que tenga un poco de sentido común, estará descontento del estado actual de cosas. Hay quien sufre porque no halla trabajo ; quien se lamenta porque está mal retribuido y el salario no le basta para aplacar su hambre ; quien ve con espanto el mañana incierto ; quien ve acercarse las enfermedades producidas por un trabajo mortífero, y otros hay que, precozmente viejos, se ven arrojados de la fábrica y no tienen más perspectiva que morir de hambre en mitad del arroyo.

Y esto no es todo aún. Otros más problemas se agolpan a nuestra mente. Si nos fijamos en las grandes riquezas acumuladas por algunos individuos en todos los países, nos preguntamos cómo es posible que un hombre haya trabajado y producido en su vida ; tanto, cuanto no son capaces de producir millones de hombres. Y nos preguntamos aún qué uso puede hacer un millonario de sus riquezas, qué satisfacciones puede de ellas sacar, cómo es posible pueda ver morir de hambre al vecino de al lado sin que la conciencia le remuerda. Y, viceversa, nos preguntamos cómo pueden tantos padres de familia, a la cual falta pan, asistir tranquilos al espectáculo de las orgías y del extravagante fujo de los ricos y no se les acude coger a uno por el cuello y vomitarle al oído : ¡ Infame !, ¿ cómo tienes el desparpajo de ver impasible como sufro y gozas cínicamente mientras a mis hijos les abate el hambre ?

Pero si de cerca miramos un poco las cosas, el enigma de la insolencia del rico y la resignación y humildad del pobre queda explicada en seguida y advertimos que otros problemas se presentan aún más complicados, de más difícil y ardua solución.

Verdad es que el gobierno, la ley, la fuerza armada, mantienen al pobre sujeto al rico, al obrero dependiente del patrono ; pero, ¿ de dónde viene la fuerza del gobierno ? ¿ quién hace la ley ? y ¿ de qué se compone el ejército y la policía ?

El pueblo, los obreros, forman el servicio de la fuerza gubernativa. El pueblo da el brazo, la burguesía la mente. Y la mente se impone al brazo mandándole que pegue; que pegue a sí mismo, que pegue al obrero, al pobre, a la víctima. Y a una señal del poder, a la voz de mando de un ministro, de un general, de un simple oficial, obreros son los que agredirán a obreros, pobres los que se arrojarán sobre los pobres, destruyéndose mutuamente. Y el gobierno triunfa, el rico goza, y, sin haber arriesgado siquiera un caballo, vence.

En otro terreno —en el económico— se produce el mismo sorprendente fenómeno del obrero, que, a una señal del amo, se arroja sobre el obrero y corre voluntariamente en pos de su propia ruina. Los capitalistas están demasiado por encima de los obreros para ocuparse de ellos, aunque fuese para extraerles la sangre. El capitalista tiene a sus órdenes un capataz; el gran comerciante se sirve de los pequeños usureros, y en fin, la lucha se emplea solamente entre obresos: entre el ocupado y el desocupado; el mejor retribuido y el simple peón; entre los obreros de raza diferente; entre los indígenas y los extranjeros. Y el capitalista, como Domeneddio,

Aperto su nel cielo un finestrino,

se alegra del espectáculo de esta guerra intestina entre obreros y se aprovecha como el chacal, para comer a costa de los cadáveres de los vencidos.

En otros términos: el capitalista obra, vis à vis del obrero, como ciertas serpientes con sus víctimas, hipnotizándolas y atrayéndolas a su garganta sin que éstas tengan la fuerza para lanzar un débil grito.

Bien pueden los panagiristas del régimen capitalista ensalzar la libertad que se goza bajo este régimen. El obrero se vende libremente para producir; se vende libremente para actuar de verdugo, para ser esbirro de los demás obreros, hasta para aplastarlos sangrientamente... a mayor gloria y en beneficio de sus dueños. El obrero es una cosa, un instrumento, una máquina en manos del capitalista, el cual la hace funcionar en su exclusivo beneficio. Ahora bien: la diferencia entre el obrero que no es socialista anárquico y aquel que lo es, es ésta: uno obra

inconscientemente como quiere, como manda el amo, el capitalista; en el taller se somete y busca, para sustraerse a la explotación, convertirse en capataz y oprimir a los demás obreros en mayor escala, si cabe, que lo fué él mismo; si a fuerza de indecibles privaciones logra reunir un pequeño capital para establecer un pequeño taller o un pequeño negocio, explotará tan despiadadamente a sus compañeros como otros hicieron con él; y no querrá fijarse en que la mayor parte de lo que habrá robado al pobre obrero se lo quitarán otros capitalistas mayores que él y el gobierno, insaciables despojadores; pero en cambio buscará rehacerse de las pérdidas que capitalistas y gobierno le infieren, redoblando la explotación de sus víctimas.

El socialista anárquico, al contrario, desdeña hacer servir de escabel al compañero para subir él; no busca mejorar su condición convirtiéndose en instrumento de la avaricia personal; no se presta a los caprichos del amo; no se le humilla; no pacta con el enemigo suyo y de su clase. No anhela vivir mientras todos sufren; no separa su causa de la de sus compañeros; no reconoce diferencia de raza ni de nacionalidad; no se hace ilusiones creyendo poder recabar del capitalista concesiones válidas y duraderas; no piensa en su interés momentáneo, pero se remonta a la causa de sus males y se rebela contra ella. El socialista anarquista pide para los demás lo que para él pide; niégase a ser esbirro de sus hermanos; se rebela contra todas las instituciones presentes porque todas sancionan la omnipotencia de los ricos; no vota porque no quiere sancionar su propia esclavitud y no quiere dejarse engañar por los eternos embusteros; no confía en mentidas promesas de gobernantes. Y al burgués que intenta, para sujetarlo, ya la fuerza, ya el halago, le responde: «Tu oro no me seduce, porque lo he arrancado de las visceras de la tierra con mis propias manos. Tus venganzas no me espantan, porque la vida que me consientes es una continua agonía. Tu poder está condenado a desaparecer. Yo gozo combatiéndolo, y cada rebeldía mía, acelerará más y más el triunfo de la libertad y de la justicia...

LA PROPIEDAD

Cuando nosotros atacamos la justicia del «derecho de propiedad» se nos responde que somos malhechores, y en lugar de refutar nuestros argumentos se nos mete en la cárcel.

Pero nosotros preguntamos : ¿ Qué vale más, la vida de un hombre o un pedazo de tierra ? ¿ Qué vale más, la vida de millones de hombres o toda la propiedad de un país poseída por algunos millares de afortunados ? ¿ Qué es lo que es más sagrado, la existencia de innumerables familias de obreros y campesinos, o el lujo, los caprichos, los vicios, la vanidad, la ambición o la avaricia de unos pocos ociosos, usureros, especuladores o mercaderes de carne humana ?

Nosotros sostenemos que el interés de los más debe prevalecer sobre la avaricia de los menos, y en nombre del derecho que tienen los obreros a vivir, a trabajar, a gozar del fruto de su trabajo, a instruirse, a educar a sus hijos, a tener asegurado el pan de su vejez, a no ser esclavos de nadie, combatimos el susodicho «derecho de propiedad». Porque el efecto de este derecho de propiedad (que no es sino un monstruoso privilegio) es el siguiente : quien nace pobre nace esclavo ; que los hijos del pobre están condenados a ser ignorantes ; que siendo pobres e ignorantes están condenados a los trabajos más penosos ; que a menudo el obrero no encuentra el modo de emplear sus brazos ; que cuando más necesitado está, más se aprovecha de él el propietario o el capitalista ; que después de haber consumido su salud en una fábrica, el obrero muere sobre un mísero jergón de paja o en el

hospital, y que, al contrario, el capitalista prospera y aumenta sus riquezas ; que se ven espectáculos monstruosos en la sociedad : el banquero, enriquecido con los robos, nombrado comendador y entregado a todos los vicios y orgías, mientras el obrero, arrojado del taller por la invención de una nueva máquina, mendiga un trozo de pan y se ve arrojado como si fuera un vago. bundo o un ladrón en el fondo de una cárcel ; la señora burguesa, pasando todo su tiempo cambiando vestidos costosos y yendo por la noche en coche a sumtuoso baile, mientras la hija del pueblo yace en la esquina de una calle cualquiera con sus escuálidos hijos en brazos ; el hijo del rico se ve servido por una turba de criados y el del pobre no encuentra siquiera una poca de leche en el seno de su madre. Si ; todas estas monstruosas diferencias se ven todos los días. Y cuando se llega a este punto la sociedad está destruida ; los hombres se convierten en enemigos unos de otros ; para vivir se mata o roba ; la mujer se prostituye ; el obrero se vende, y todos juntos, los hombres se corrompen y se embrutecen, unos a causa de su dominio y riquezas ; los otros por el hábito que contraen al sufrir y ser esclavos de los primeros.

La tierra, ; naturalmente !, no produce por sí sola ; se necesita el brazo que la cultive. Los productos no se trasladan por sí solos de un lugar a otro ; se necesita quien los transporte. Y para adaptarlos a nuestras necesidades tienen que ser transformados, obrados, haber pasado por las manos del hombre. Las mismas máquinas están construídas por obreros, y aun las mismas ideas con que se enriquece la humanidad salen de la experiencia y del trabajo de las generaciones extintas.

El propietario de un trozo de tierra o de una máquina nada posee si no posee el trabajo de los obreros. Toda su industria consiste, pues, en trabajar con los brazos de los demás. Y el comerciante, el especulador, el banquero, emplean todo su ingenio en sustraer las riquezas a los obreros, acaparando los productos, comprándolos a un precio bajo, vendiéndolos muy elevados, alterando la cali-

dad, engañando a las gentes, pavoneándose con el trabajo de los demás, y sacando provecho de las desgracias ajenas.

Por esto se conquista la propiedad, no tan sólo con el robo, con la usura o con el engaño, sino que, una vez adquirida, se hace aumentar con la opresión y la explotación del obrero. Los propietarios y los capitalistas chupan la sangre de los obreros.

En último resultado, el «derecho de propiedad» es la miseria forzosa del trabajador. No hay progreso que valga. Cuanto más se produce más miserables somos. Aumentando las riquezas aumentan los intereses, las rentas, beneficios, los impuestos, cosas todas que salen del trabajo de los obreros. Las maravillosas invenciones de este siglo, ¿acaso han disminuido la fatiga o acrecentado el bienestar de los obreros? La luz eléctrica sólo ha servido para iluminar el espectáculo de gentes desocupadas, niños que trabajan en las minas, mujeres que se pudren en los arrozales y en las antihigiénicas fábricas y suicidios, y delitos, y más miserias, cuya enumeración sería interminable. No vivimos un estado de vida normal. El mismo progreso se paraliza. Mucha tierra permanece inculta, muchas industrias se detienen en su desarrollo, muchas máquinas e inventos están fuera de uso. Se podría y debería producir cien veces más de lo que se produce, y los productos, en cambio, se pudren en los almacenes, en los campos, porque al capitalista no le conviene la abundancia.

El «derecho de propiedad» es un obstáculo al progreso, es un enemigo del bienestar del obrero, es una fuente de vicios, de discordia, de delitos, de usuras; es una institución incompatible con las necesidades, con las ideas y con los sentimientos de nuestra época.

En virtud de este derecho, unos pocos individuos han secuestrado y usurpado todos los beneficios de la civilización. Unos cuantos accionistas de los bancos, de los ferrocarriles, de los grandes establecimientos, tasan a su

placer el trabajo. A medida que aumenta la población y las necesidades del obrero, aumentan aquéllos sus pretensiones, elevan sus rentas y beneficios y acrecientan el valor de sus propiedades y de sus capitales. Este valor deriva enteramente de hechos y condiciones extrañas e independientes del mérito de los propietarios y capitalistas; este valor es obra y creación de la sociedad. La propiedad individual tiene que abolirse y reemplazarse por la propiedad común o societaria.

EL GOBIERNO

Pasemos a otra institución: el gobierno.

Los gobiernos tienen la pretensión de que hacen « el bien del pueblo »; mejor aún, pretenden que ocupan el puesto que ocupan por « la voluntad manifiesta del pueblo ». Pero cuando llega el día en que los pueblos demuestran el deseo de libertarse de este obstáculo, entonces los gobiernos se obstinan en permanecer en sus puestos, y hasta emplean la fuerza, las bayonetas y los cañones contra el pueblo soberano.

Respecto al bienestar que nos hacen, he aquí de qué se trata:

Un gobierno no tiene nada suyo; todo lo que posee le procede de los ciudadanos. Con esta diferencia: que un gobierno, para recaudar **uno**, de los ciudadanos, les toma **diez**; los nueve restantes van a parar a los recaudadores, a los ujieres, a la policía y guardia civil; a los usureros, a los abogados, a los jueces, a los periodistas, en suma, a toda la gente que emplea para hacer pasar a la caja del gobierno el dinero de los contribuyentes.

Un gobierno tiene interés en recaudar mucho, recaudar tanto como pueda. Cuanto más recauda y mayor número de los que le sostienen. De este modo el gobierno aumenta todos los años sus gastos e inventa cada año nuevos pretextos para dejar limpios los bolsillos de los contribuyentes. En los gastos, el gobierno sigue el mismo sistema que adopta para ingresar los fondos. Para un trabajo que a un particular le costaría diez, el gobierno gasta cinco. Principiando por los ministros y diputados que reciben

la prebenda para proponer y votar una ley ferroviaria u otra semejante, todos aquellos que tienen las manos en la masa se llevan alguna cosa, y Juan de Pueblo paga siempre. Y no es esto todo; cuando el gobierno, por hacer frente a sus gastos y derroches, impone impuestos sobre la tierra, las casas, mercancías o industrias, los alquileres, los arriendos de todas las cosas aumentan; y con el aumento de los impuestos disminuye el consumo, se restringe la producción, y los rentistas, arrendadores, abogados y jueces engordan de lo lindo, mientras los campesinos que viven cultivando una pequeña porción de terreno, se ven expropiados y reducidos, ellos y sus familias, a la mendicidad.

Ahora bien, si no fuera por alguno que otro trabajo público, algún ferrocarril, una escuela o servicio postal, el Gobierno no tendría razón de existir. Todas estas cosas se pueden hacer lo mismo por los particulares o por grandes asociaciones, o por acuerdos entre todos los interesados. No faltan ejemplos en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Suiza y otros países.

Sólo que el Gobierno pretende tener una alta misión que cumplir, una mayor razón de existir. Se ha hecho el guardián del Orden, el defensor de la Justicia en la sociedad. Pretende impedir los delitos y reprimir las diferencias que surgen entre los ciudadanos. En una palabra, adopta la « pose » de árbitro supremo entre los ciudadanos, y se llama a sí mismo el garantizador de la paz social.

Aun bajo este aspecto el Gobierno no es nada. La fuerza de que dispone se compone de ciudadanos en su mayoría obreros. Son estos los que mantienen « el Orden », defienden las propiedades, hacen cumplir las sentencias de los jueces y las órdenes de los ministros.

Para impedir los delitos y para resolver las disputas entre los ciudadanos, los obreros no tienen necesidad de Gobierno alguno ni de Códigos Menos de artículos, ni de abogados expertos en las argucias propias de la profesión. Los ejemplos de sociedades en que los hombres hayan

vivido en paz y buena armonía, sin legisladores ni policía, no faltan; los gobiernos únicamente son buenos para vengar los delitos cuando se han cometido y para vender muy cara la justicia a los litigantes.

Además, ¿qué clase de justicia, orden y paz es esta? Los gobiernos cometen muchos más delitos de los que previenen. Protegen a los grandes delincuentes e impiden a sus víctimas la defensa. Los capitalistas pueden aplastar impunemente a los obreros o reducirlos al hambre; los comerciantes pueden envenenar a medio mundo; los rentistas engañar y robar a mansalva; los burgueses libertinos pueden seducir y engañar a las muchachas pobres; los politicastos pueden sobornar a los lectores de modos diversos. El Gobierno les deja hacer, y a la menor señal de descontento de los obreros, a la menor intención que éstos tengan de hacer justicia popular, el Gobierno interviene con sus soldados, con sus jueces pagados, con sus espías, y oprime a los ya oprimidos, y remacha las cadenas a los obreros.

El Gobierno es el servidor de los burgueses, el enemigo de los trabajadores, el que reduce al hambre al pueblo: es la peste de la sociedad.

LA FAMILIA

En la actual sociedad la mujer es la víctima predestinada a ser inmolada a los caprichos, a las pasiones y algunas veces a la tiranía del hombre, lo que no es obstáculo para que, a su vez, prevaleciendo de estos mismos caprichos y pasiones del hombre, por natural reacción, se convierta en tirana. La injusticia se paga cara. Aquellos que creen poder beneficiarse impunemente cuando oprimen y explotan a los demás, se engañan frecuentemente.

Nada más injusto que la desigualdad establecida y mantenida artificialmente entre el hombre y la mujer. Principia con la limitada educación que se da a la mujer; continúa en la vida doméstica, en la que la mujer está destinada al servicio del hombre; luego, en las relaciones sociales, la mujer es considerada como inferior al hombre, indigna de ciertos oficios y de determinadas ocupaciones. Todo tiende a mantener a la mujer en un estado de dependencia económica y moral del hombre; la educación imperfecta que se le da es malísima; la clase de trabajos más o menos serviles a que se la destina, los salarios más bajos, la prostitución que la espera cuando no halla quien provea a su existencia.

No hay situación tan trágica como la de una muchacha pobre. Las ocupaciones que se le ofrecen son pocas y mal retribuidas y muy a menudo son asechanzas a su honor. En un período de existencia en que hasta el hijo de un burgués se espanta por su porvenir, la pobre muchacha, que a menudo, además de tener que pensar y preocuparse para sí, tiene una madre a quien mantener, sufre angus-

tias indecibles. A los cuidados que requiere su existencia física se añade la necesidad de amar y ser amada, encontrar algún ser a quien poder confiarse, experimentar el placer de vivir. Simple confiada, desinteresada, quisiera poder arrojarse en brazos del primer venido, consagrarse a hacer su entera felicidad. Pero ya pobre sólo encuentra astucias, engaños, egoísmo y cálculo en torno suyo. Pronto, para abusar de la menor debilidad que tuviere, el hombre solamente tendría luego para ella ironía y desprecio. Y la mujer, trabajada por la necesidad de amar y la conservación de su dignidad, vuélvese desconfiada, astuta e hipócrita; comercia, especula, disimula y engaña. El encanto está, desde este instante, roto por completo; en lugar de una bella y afectuosa criatura se obtiene un monstruo. ¿Quién la transformó de este modo?. El hombre, enemigo de su felicidad.

¿Cuántas muchachas hay que se perdieron por pocos céntimos; cuántas fueron víctimas de su simplicidad o de la astucia de un malvado! cuántas lucharon años enteros y concluyeron sucumbiendo, y cuántas y cuántas han muerto de dolor por no haberse podido hacer amar! No hay espectáculo que subleve tanto como el de la muchacha engañada y abandonada, con un chiquillo en brazos, por un miserable que se ríe de su propia canalada y del sufrimiento que causó...

Cuando se habla de la prostitución, se atribuye generalmente al vicio y a la corrupción de un cierto número de individuos de ambos sexos y se piensa que, si estos individuos no hubieran nacido o pudieran anularse, la prostitución no existiría en el mundo.

Sin embargo, el vicio y la corrupción no son las causas de la prostitución. Y esto es tanta verdad que, hombres morigerados hay que sacrifican ante el altar de Venus a muchachas susceptibles de convertirse en óptimas madres y que vense empujadas al abismo de la prostitución.

La prostitución se impone a la muchacha pobre como se impone al campesino el trabajo penoso de arar la tierra. Por otra parte, hay los capitalistas y mercaderes

de la prostitución; existe una industria de la prostitución del mismo modo que existe una industria del hierro, de los tejidos y otras por el estilo. Dicha industria consiste, no en prostituirse, sino en hacer prostituir; en reclutar víctimas, por un lado, por otro los consumidores; en los gastos del local, **reclame**, etc.

De todas las industrias ésta es la más floreciente y lucrativa. ¿Cuántas casas, cuántos cafés, cuántos negocios, cuántos establecimientos no existen consagrados a la prostitución, desde el más vulgar y modesto lupanar a la casa privada en los que la muchacha y la mujer vergonzante dejan sus fotografías y direcciones, prontas siempre a acudir al llamamiento del cliente a la agencia de **colocación**! Todo un ejército de agentes, de criados, de medianeros de ambos sexos y de todas condiciones está empleado en este comercio. Propietarios de casas, periodistas, el mismo Gobierno, sacan su parte del producto de este tráfico. En las grandes ciudades, la prostitución está ligada a otras industrias, y se ejercita en el café, en los restaurants, en la revendeduría de tabacos y otros géneros. La competencia que estos negocios de doble fondo de prostitución hacen a los demás, es causa de quiebras, de ruinas de familias y prostitución de otras muchachas. Hubo una época en que todos o casi todos podían crearse una familia. Hoy, la familia, legítima o ilegítima, supone ya un cierto desahogo económico. Los pobres no pueden constituir su hogar fijo. El tener donde poder dormir todas las noches es ya en nuestra sociedad civilizada una especie de privilegio.

Tiempos hubo en que la familia era una pequeña sociedad. Los hijos habitaban con sus esposas en la casa paterna; bajo el mismo techo se albergaban varias generaciones. Los siervos y sus familiares estaban incorporados a la familia del dueño. La casa era espaciosa, a menudo situada en plena y abierta campiña. Todos los trabajos se hacían en casa. El hombre trabajaba la tierra, hilaba la mujer, tejía, hacía los vestidos para todos. Las ocupaciones eran diversas. La educación de los hijos se

daba en casa, y en la familia reinaba el amor y la buena armonía.

¡ Cuánta diferencia entre aquella vida y la de hoy ! ¡ Entre la casa espaciosa de un tiempo y el tugurio mezquino de nuestros días ! El hombre vive fuera de casa, trabaja fuera, sólo entra para engullir, aprisa y corriendo, un trozo de pan o tumbarse en la cama. Hasta la mujer ha tenido que dejar la casa para ir a la fábrica o al taller, y los hijos tienen que escoger entre la escuela, la fábrica o el arroyo. Nada se hace en casa; todo se compra en el mercado; a menudo se come en la taberna.

La familia del obrero está destruída; y la del burgués está también expuesta a peripecias a causa de lo incierto de la posesión. Actualmente, las fortunas surgen y desaparecen como por ensalmo. Una quiebra que se produzca y la familia queda destruída. La mujer pasa a habitar con otros, los hijos los recogen manos extrañas o se dispersan por el mundo. Aun cuando no se divida, la familia burguesa es un simulacro. Sin hijos, apenas se puede llamar familia; y allí donde nacen se piensa en seguida en crearles una posición, se sobrecargan de trabajo los padres y cuando aquéllos son grandes se les envía a otras partes.

Por otra parte, no es el amor, es el interés, la base de la familia. La mujer se casa para asegurar su subsistencia; se vende al hombre, sobre él descarga su existencia y a él queda pegada como el grillete al tobillo del forzado. El hombre es la bestia de carga, debe trabajar sin tregua ni descanso para aportar el pan a su casa. Si el trabajo falta, la familia es para él un verdadero suplicio.

El hombre, desde otro punto de vista, una vez adquirida la mercancía, pagándole el alimento, se cree con derecho a exigir de la mujer una obediencia pasiva, hasta en sus menores caprichos. La ley y la costumbre sancionan estas tiranías.

Quien tiene corazón sufre. El hombre de corazón, no abandonará la mujer a la miseria, a la prostitución, aunque sufra. La mujer de corazón es la presa del primer

libertino que se presente. No hay vejación o martirio que no soporte una madre a trueque de no separarse de sus hijos.

A los ricos no les faltan distracciones. En caso de discordia el marido se larga al club, la mujer lee o se va de visitas. En todo caso tienen sus particulares habitaciones para aislarse o les queda el recurso de los baños o veraneos. Pero cuando se es pobre, y se tiene que vivir juntos en una misma reducidísima estancia y dormir en un mismo lecho, el menor desacuerdo, la menor palabra hiriente escapada en un momento de malhumor, puede conducir a malas consecuencias. Los dos de hallan enfrente uno de otro continuamente. Verse encadenados por la miseria les agría el carácter. Una idea siniestra cruza la mente obscura de uno u otra. Un delito, varios delitos, pueden cometerse a veces, y ¡ el drama concluye con el suicidio !...

LA RELIGION

La religión, ¿qué es? Es un conjunto de creencias y doctrinas enseñadas al pueblo por los sacerdotes.

Acaso alguien diga que no son los sacerdotes los que las enseñan, sino el mismo Dios que nos las ha revelado.

A esto responderemos que, al decir de los curas, Dios se las reveló hace muchos siglos y que aquéllos nos las han transmitido.

Así, pues, se trata siempre de saber si los sacerdotes dicen o no la verdad, si son gentes dignas de crédito, o si son capaces de mentir, y aún si tienen un interés en engañarnos.

El de cura es un oficio como otro cualquiera. Los curas viven predicando, ejecutando determinados ritos y ceremonias, del mismo modo que el rey vive gobernando a sus súbditos, el patrono explotando a sus obreros y así por el estilo muchos otros individuos.

Y lo que es peor, es que los curas no son libres de decir lo que piensan. Un sacerdote que piense diferentemente del obispo está expuesto que le quiten la misa; y si osa apuntar la menor duda enseguida se le excomulga. Muchos sacerdotes no creen en lo que predicán, pero se callan prudentemente. En el mismo seno de la Iglesia hay los peces gordos y los chicos, los ricos y los pobres; los amos y los siervos; la igualdad y la fraternidad son vanas palabras.

Así, pues, ¿por qué hemos de creer en los curas? ¿Deja de ser posible que nos engañen? Es muy posible, mejor dicho, es cierto, nos engañan. Hay cien religiones, por ejemplo; luego noventa y nueve deben ser por fuerza falsas. Buscad, si os es posible, cuál es la verdadera.

Pero dejemos a un lado los curas, y discutamos lo que enseña la religión.

La religión—todas las religiones— enseñan dos cosas.

Primeramente, la religión nos explica de qué modo se hizo el mundo, quién lo creó, el tiempo que se empleó, lo que antes había en su lugar (el caos), y como del caos surgió la luz, mucho antes de que Dios crease el sol y la luna y muchas otras cosas.

Actualmente, la explicación de estas cosas pertenece a la ciencia y no ya a la religión. La ciencia nos dice que el mundo existe, no seis mil años hace, como pretende la Biblia, sino millones de años hace. La ciencia nos ha demostrado cómo la Tierra gira en torno del Sol y no éste en torno de la Tierra, como creía Josué. La ciencia nos explica en qué consiste y de dónde deriva la vida, tanto la de las plantas como la de los animales y la del hombre; como asimismo en virtud de qué el hombre y los demás animales pueden moverse, hablar, sentir, y las plantas sentir y crecer, sin que para explicárnoslo tengan que recurrir a la suposición de un alma, que, según la Iglesia, sería diversa para el hombre y para los animales, y según enseñó en una época, solamente tenían los blancos y no los negros esclavos, y cuya alma entra en el cuerpo del hombre siete días después de su nacimiento.

Todas estas tonterías las ha enseñado la Iglesia y la ciencia se ríe de ellas. Esta última dice a la religión y a los sacerdotes. « **Todas estas son cosas que sólo yo puedo explicarlas; vosotros sois incompetentes para juzgarlas. Vuestro Dios es una palabra que no dice nada y que no se explica, porque, vosotros no sabéis cómo está hecho, ni quién lo hizo, ni si es una persona o una cosa, y cuando decís Dios, no sabéis vosotros mismos lo que decís.** »

La segunda parte de las doctrinas de la Iglesia refiérense a las relaciones entre los hombres.

La Iglesia dice que los hombres deben ser buenos, humanos y caritativos; pero si tales no son, basta con que

vayan a confesarse y obtengan la absolución o, simplemente, que se arrepientan en la hora de la muerte. Todo lo más que puede sucederles es que vayan al infierno después de muertos.

Nosotros no queremos que nadie vaya al infierno, y a fin de que los ricos no vayan, queremos quitarles la tentación procedente de las riquezas que poseen e impedirles que puedan robar todos los días. Cuando la sociedad esté bien constituida y todos los hombres puedan trabajar y vivir bien y no existan ni patronos ni millonarios, entonces los hombres serán buenos e irán al paraíso si lo hubiere, cosa que dudamos muchísimo.

En fin de cuentas, la Iglesia hace como los gobernantes: muchas y muy buenas promesas para el porvenir. para cuando seamos muertos; para el presente absolutamente nada. La Iglesia finge deplorar las injusticias del mundo y los abusos que los ricos cometen en perjuicio de los pobres: pero inculca al propio tiempo a estos últimos la resignación, la sumisión, permanecer esclavos. La misma Iglesia es rica: el papa, los cardenales, los canónigos y muchísimos sacerdotes son ricos y viven llevando una vida que no se puede parangonar de ningún modo con la del obrero.

En muchos países el Estado subvenciona la Iglesia. Los cardenales y otros prelados están nombrados con la aprobación del gobierno y éste escoge a aquellos que le placen.

Los curas pueden ser, y muchos lo son, propietarios y capitalistas, algunos cobran pingües rentas, otros tienen casas y buena parte tienen acciones de compañías y bancos.

Para ser cura se necesita una cierta instrucción y dinero.

Los hijos de los obreros no pueden ser nunca curas por esta carencia de dinero y cuando por casualidad llegan a serlo, permanecen toda su vida en lo más bajo de la escala sacerdotal.

Los hermanos, los padres de los curas, están en el seno de la burguesía, tienen los empleos y magonean en el gobierno. Otros se sirven de su ministerio para entrar en las familias, ganarse la confianza de las mujeres y a veces rapiñar una herencia.

No hay nada peor que ir a confiar los secretos de una familia, las cosas más íntimas, más delicadas, a un extranjero como el cura. La confesión es una invención infernal.

¿Y para qué sirve ir a oír una misa, dicha siempre en la misma lengua, que nadie entiende y siempre la misma todós los domingos, todos los años y toda la vida? Es una costumbre tonta que embrutece, como embrutece el canturreo de los rezos, siempre los mismos, aprendidos de memoria y que se adaptan a todas las personas y a todos los casos.

Sobre todo, para los niños, la costumbre es muy nociva y de pésimos efectos sobre su inteligencia y su carácter.

¡Obreros! Libertaos de todas las supersticiones; pensad con vuestro propio cerebro; no reconozcáis Dios ni amos y sólo entonces podréis ser iguales.

EVOLUCIONES Y REVOLUCION

Mejor hubiéramos debido encabezar este artículo con las palabras: **Reformas o Revolución**, ya que estos son realmente los dos caminos que se nos presentan a la vista. El camino de las reformas pacíficas y graduales, de las pequeñas reformas, de los pequeños pasos, del progreso lento y ordenado, efectuado con el consentimiento y la ayuda generosa de la burguesía y del gobierno y el camino de la rebeldía. A este punto las dos escuelas, los dos partidos (socialista legalitario y socialista anárquico) se separan. Nosotros, hemoslo ya dicho y repetido varias veces: somos socialistas anarquistas, anti-egalitarios y revolucionarios.

No debe entenderse por esto que nosotros rechazaremos toda mejora que el obrero pueda conseguir. Quien quiere el más quiere el menos también, y nosotros, que luchamos por la entera emancipación del obrero, saludaremos con gozo toda conquista, por mínima que sea, en la seguridad de que los obreros no se darán por satisfechos sino que querrán siempre algo más, y que una vez puestos en el camino de las reivindicaciones, irán hasta el final. Por esto, si estallara una huelga o una agitación entre obreros o entre campesinos, aunque sólo sea para obtener un mínimo avance, nosotros no estaremos alejados ni trataremos de apartarlos de la lucha (como muy a menudo hacen los «jefes» aunque socialistas sean), sino que al contrario, procuraremos que la huelga o agitación se extiendan y darles fuerza y vigor, porque todo movimiento efectuado por un reducido nú-

mero es débil y fácilmente aplastado. La única esperanza de triunfo para los obreros está en la unión y en la decisión con que sepan obrar.

Pero si en cambio de una huelga o de una agitación para obtener una mejora, se nos propusiera tomar parte en las elecciones, entonces nosotros resolveríamos no ir, porque sabemos de ciencia cierta que en las elecciones los obreros serán siempre engañados, que nunca lograrán mandar al Parlamento a compañeros suyos, y aunque alguno mandasen, diez, cincuenta, se gastarían en seguida o serían impotentes; más aún: si la mayoría de la Cámara de diputados estuviere compuesta de obreros tampoco podrían hacer nada. No solamente se opondría el Senado, el rey, la corte, los ministros, los jefes del ejército, de la magistratura, de la política, se opondrían también a los proyectos de ley de la Cámara de diputados los patronos, los capitalistas, los industriales y comerciantes, todos los que viven de la explotación que se negarían a cumplimentar las leyes hechas por los obreros (como sucede ya). No hay ley que valga; ninguna puede imponer a los patronos que tengan abiertas las fábricas y emplear a los obreros en tales o cuales condiciones, a los comerciantes vender a tal o cual precio.

El sistema industrial y comercial presente está formado de tal modo, que todo depende del capitalista, y el capitalista tiene cien mil medios para eludir la ley y burlarse hasta del Parlamento. El mismo obrero a menudo está obligado, para no morir de hambre, a ayudar al capitalista a burlarse de la ley, como todos sabemos.

Supongamos que un Parlamento dispone que el trabajo diario del obrero dure solamente diez horas, nueve u ocho. Ante todo no puede imponer una regla uniforme para todos los trabajos; no puede imponer los policías a vuestra casa a informarse de cuánto trabajáis, ni tampoco a la de los burgueses a ver qué cantidad de trabajo efectúan sus criados, etc. Además, si el Parlamento hace la ley, el gobierno demora su aplicación o los inspec-

tores se entienden con los capitalistas, y pobre del obrero que denuncie los abusos del patrono, sin contar con los magistrados que no aplicarán las penas. En todo caso, la ley es tierra echada a los ojos del obrero.

Pero supongamos que la ley se cumple y que los capitalistas hagan trabajar a sus operarios únicamente ocho horas. ¿Quién podrá obligarles a pagar por ocho horas de trabajo el mismo salario que antes pagaban por diez o doce? Supongamos aún el absurdo de que la ley fije los salarios para todas las ocupaciones y para todos los casos. ¿Quién podrá impedir a los mismos capitalistas elevar los precios de los productos que el obrero consume? ¿Y quién podrá impedirles alterar la calidad de las mercancías? ¿Cuántas leyes serían necesarias, y cuántos inspectores y empleados y cuantos procesos y condenas para regular todas estas cosas en interés y a beneficio del obrero?

Por otra parte, las leyes de este género no se harán nunca. Ningún Parlamento las querrá. Ningún diputado, aunque fuera socialista, sueña con poder hacerlas. Ningún socialista, ningún obrero se imagina poder mandar a la Cámara una mayoría de obreros. Las elecciones se efectúan de tres modos: con el dinero, con el engaño o con la fuerza. El gobierno manda votar a sus empleados y policías, los patronos envían a las urnas a sus obreros; los politicantes traman los complots y los partidos por medio de la prensa y de los oradores pagados, indican al pueblo aquellos que deben ser elegidos. Los electores tienen que votar por los candidatos de los partidos. Entre los obreros nacen rivalidades, discordias, envidias y ambiciones. Y de este modo las elecciones, en lugar de ser útiles, son nocivas a la causa del obrero. Los compañeros activos e inteligentes, una vez diputados, se convierten en poltrones o embusteros. Y el pueblo se habitúa a creer que la salvación suya puede venir de lo alto, del gobierno, de Parlamento, y entonces cesa de combatirlos.

En Alemania, los diputados socialistas son bastante numerosos; en Australia, los diputados obreros tenían voto preponderante en el Parlamento, y en ninguno de ambos países el Parlamento ha hecho nada en beneficio de la clase obrera.

Siempre resulta lo mismo. Quien manda, manda, al que lo disfruta. Nunca un Parlamento se ocupará seriamente de los pobres, de los obreros. Aunque por política hiciera alguna pequeña ley favorable a los obreros, bajo mano el gobierno haría concesiones, daría empleos y subsidios, inventaría especulaciones de modo que pudieran enriquecerse aún más los capitalistas. Y mientras los obreros pobres creen haber alcanzado el cielo con las manos cuando han obtenido una ley insignificante, los capitalistas acrecientan de mil modos diversos sus fortunas, cambian sus millones en billones y se rien de la candidez popular.

Las mismas huelgas no pueden mudar el sistema económico actual fundado en la esclavitud y miseria de los obreros. Las cooperativas abortan o se convierten en pequeñas especulaciones similares a las de los capitalistas. Reformas hay que son nocivas a unos mientras a otros favorecen. Solamente hay la revolución que puede ser capaz de abrazar los intereses de todos los obreros y emanciparlos todos juntos, transformando enteramente el presente orden social.

El primer paso hacia la sociedad futura lo dará la Revolución. La Revolución es inevitable.

Las clases directoras sólo cederán a la fuerza. Los gobiernos fingen querer poner un remedio a los males más graves que los obreros sufren; pero ¿cómo podrán remediarlos, si el gobierno mismo es la principal causa de estos males? Un gobierno para existir, tiene necesidad de imponer contribuciones, distribuir empleos, despojar al pueblo para enriquecer a unos cuantos. Todas las leyes y todos sus actos tienden a este objeto. Y repitémoslo: si alguna vez, para contener al pueblo, los Parlamentos

hicieran alguna ley a favor de los obreros ésta quedará sin cumplimiento. Más aún : por cada ley hecha en beneficio de los obreros, hay otras mil contra los obreros y a favor de la burguesía, de modo que, al fin y al cabo, el obrero queda siempre apastado ; y el único remedio a sus males, su única salvación consiste en la Revolución.

¿ Qué es lo que deberá hacer el obrero cuando se haya rebelado contra el gobierno y lo haya destruido ? ¿ Tiene que nombrar otro y esperar de él su salvación o debe aprovecharse de la ocasión favorable para hacerse justicia con sus manos y arrebatarse a la burguesía los medios de que esta dispone para sujetarlos por hambre ? Según nuestro modo de ver, el obrero no deberá constituir ningún otro gobierno, no deberá elegir otro Parlamento y esperar su salvación de éstos. El obrero — el pueblo en masa — debe hacer la Revolución por sí mismo, tomar lo que le fué quitado, reentrar en posesión de todo aquello que produjo y que otros usurparon ; en una palabra : **expropiar a los propietarios y a los capitalistas**, arrojar a los patronos de las fábricas y no reconocer por más tiempo a los señores. Los obreros de cada fábrica, una vez expulsado el dueño, quedan en posesión de ellas.

El pueblo debe gozar, debe gustar las comodidades de la vida. La verdadera, la gran revolución consistirá en esto : en que el pueblo satisfará las necesidades que hoy sólo puede disfrutar el rico ; perderá el hábito de vivir miserablemente y ser esclavo ; reclamará para sí los beneficios de la civilización, y considerará el estado de cosas actual como una época de barbarie, y no se dejará expotar ya por nadie, ni se dejará reducir a la miseria y a la esclavitud, puesto que vivir cómodamente y trabajar en beneficio propio se habrá convertido en parte integrante de la humana naturaleza.

COMO ESTARA ORGANIZADA LA SOCIEDAD FUTURA

La sociedad futura estará organizada como una vasta federación de sociedades obreras, cada una de ellas libre e independiente de las demás, pero todas juntas unidas por partes libres.

La tierra estará cultivada por asociaciones de campesinos. Las minas de las cuales se extrae la materia prima para las industrias y los medios de transporte, serán propiedad común de todas las asociaciones ; el obrero de la fábrica podrá trabajar también en el campo, y el campesino podrá estudiar la química u otros parecidos estudios. Toda distinción entre obreros manuales y obreros intelectuales debe cesar por completo. El hombre, alternando los trabajos, produce mucho más y desarrolla mejor sus facultades. El trabajo se efectuará libremente, sin reglamentos humillantes como los que actualmente impone el patrono a los obreros. Cada asociación establecerá por sí misma las condiciones del propio trabajo, dejando a sus miembros la mayor libertad posible con el interés general. Los miembros de las asociaciones serán iguales entre ellos y no habrá desigualdad de tratamiento. El ingeniero y el peon serán igualmente bien considerados, porque la obra de ambos es igualmente necesaria a la sociedad. Más aún ; cuanto más fatigoso sea el trabajo, más breve será y más meritorio. Mientras hoy tanta gente pretende « sacrificarse » por el bien público actuando de políticos, diputados, etcétera, en el porvenir, todos aquellos que se sientan impulsados a ser más útiles que los demás a la sociedad y ganarse la pública estimación, se dedicarán volunta-

riamente a los trabajos más penosos. Pero más o menos, de un modo o de otro, todos los hombres trabajarán, porque el ocio es insoportable, y mientras hoy algunos están educados desde su infancia a no hacer nada y apoltronarse en el vicio, la educación, el ejemplo y la opinión pública de la futura sociedad, les inculcará la idea del trabajo. Para forma parte de una asociación habrá que trabajar; ningún hombre será tan insensato que quiera vivir a costa de la sociedad; y aunque alguno haya, no sería gran pérdida, cuando hoy clases enteras viven ociosas o peor, ocupando las horas de sus días haciendo daño a los demás mortales. Si los que no quisieran trabajar fuesen muchos, pronto caerían de su error, porque no trabajando no se produce y cuando no se produce tampoco se come. Por otra parte, el trabajo no será tan penoso, duradero y mal recompensado como hoy. Pocas horas de trabajo manual y el resto del día consagrado a trabajos y estudios placenteros. Con esto basta. Todas las condiciones del trabajo quedarán transformadas.

La fábrica del porvenir no será la del presente. Habrá tanto espacio, aire y luz suficientes para el obrero, como gozan hoy los señores en sus moradas. El obrero no estará condenado a morir de calor, de hambre y sed cuando trabaja; a estar continuamente en pie, continuar el trabajo cuando está cansado. Todas las comodidades de que hoy gozan los que nada producen, las gozarán mañana los obreros. ¿Por qué en la fábrica, que es la casa del trabajador, no ha de haber mobiliario cómodo y elegante? ¿Qué inconveniente puede haber en que al lado de la sala de trabajo haya la sala de recreo, lectura, etc.? ¿Por qué no podría intentarse buscar el modo de efectuar el trabajo gradualmente, con todos los medios que a nuestra disposición pone la civilización moderna? Y aun cuando no sepamos qué cambios aportará el progreso de la mecánica y de las ciencias técnicas al sistema de producción, es cosa cierta que aún en el actual estado de conocimientos de la vida del obrero éste puede estar rodeado de todas las comodidades que hoy sólo disfrutan los se-

ñores. En los países donde la agricultura ha decaído, se puede hacer florecer de nuevo. Se pueden multiplicar a voluntad los productos de la industria, dar trabajo a todos, vestir a todos los harapientos y dar de comer a todos los que tienen hambre.

¿Se necesitan en el porvenir comerciantes, banqueros, especuladores? No; porque las asociaciones se cambiarán directamente los productos sin necesidad siquiera de moneda alguna. Todas las relaciones que hoy se establecen entre varios países se establecerán entonces entre asociaciones y asociaciones. Una asociación prometerá a otra, salvo casos de fuerza mayor, una dada cantidad de sus productos y recibirá en cambio igual promesa de otros géneros, pero estos cambios no se efectuarán avara y codiciosamente. Ninguna asociación querrá ganar, como el capitalista efectúa hoy, a costa del trabajo de los demás; nadie querrá enriquecerse y acumular, porque la acumulación no le servirá para nada desde el momento en que no se encontrarán trabajadores que vendan sus brazos para hacer fructifera la acumulada riqueza.

Las asociaciones, en caso de necesidad, podrán ayudarse recíprocamente. Si en una región la cosecha es insuficiente, la asociación de campesinos de otras comarcas suplirá con el superfluo de su producción aquella insuficiencia. Si una comarca es víctima de un infortunio natural, otras la socorrerán. Actualmente se efectúa, como por ejemplo, en casos de inundación, carestía, etc., aunque desgraciadamente este socorro pasa por las manos de los gobiernos y de los capitalistas y muy poco benefician a los infortunados.

Y aquí entramos en la última cuestión. ¿Habrá necesidad de un Gobierno, un Parlamento, una policía, una magistratura? En nuestro sistema no habrá necesidad de todo eso, puesto que las asociaciones se administrarán por sí mismas sus propios intereses y cuidarán de las relaciones entre las diversas asociaciones. Para que

exista un Gobierno es necesario que todos los intereses de un pueblo estén concentrados en manos de unos pocos individuos, que un reducido número de personas haga y obre por cuenta de toda la nación, que en lugar de dejar al individuo la libertad de pensar se le obligue a someterse a la voluntad de aquéllos que piensan por todo el pueblo y que a ésto se dé el poder de tasar los productos del trabajo de la multitud y usar de la fuerza para hacer complimentar su voluntad.

Ahora bien; todo esto es incompatible con la sociedad libre e igualitaria de que habíamos. El Gobierno es la negación de la libre asociación y los funcionarios del Gobierno son los parásitos del trabajo nacional.

Para resolver las diferencias, las disputas, impedir algún rarísimo delito que pueda ocurrir, no hay necesidad de un Gobierno, los cuales son causa de delito y de luchas sin fin en la sociedad. Las asociaciones se bastan a este efecto; ellas pueden nombrar árbitros, pueden tomar medidas defensivas. Todo miembro de la futura sociedad acudirá en defensa del oprimido y del débil, mientras hoy el Gobierno, la ley y la policía sólo protegen al rico contra el pobre, al patrono contra el obrero.

«El obrero —se nos dice— es ignorante y muchas veces hasta egoísta. ¿Es culpa suya si el patrono lo explota y lo desangra? Es imposible suprimir los patronos mientras no cesen la ignorancia y el egoísmo, o sea, hasta que el hombre cambie su naturaleza». A esto debemos responder que la ignorancia es efecto de la sociedad actual y durará mientras esta dure. Más aún: cuanto más tiempo pasa y más crece, junto con la miseria, la ignorancia de una parte de los obreros, más crece el embrutecimiento de los obreros condenados al trabajo de las fábricas, el envilecimiento de los desocupados y más crecen la borrachera, la prostitución, los suicidios y todos los males de la miseria.

Actualmente, un individuo, para vivir, ve obligado a hacer daño a los demás: para abrirse camino debe

pasar por encima de los cuerpos de sus compañeros; y para no dejarse explotar debe buscar los medios de explotar a los demás, convirtiéndose en patrono.

La ignorancia y el egoísmo no se pueden combatir, y mucho menos destruirse en la actual sociedad. Es necesario destruir esta sociedad para que la ignorancia y el egoísmo desaparezcan del mundo.

Y ciertamente desaparecerá cuando la humanidad haya, con un esfuerzo supremo, anulado las desigualdades y los privilegios presentes, a fin de poder vivir según los principios del comunismo anárquico.

CONCLUSION

Obreros :

Nosotros hemos explicado por cuáles motivos combatimos la Propiedad, el Gobierno, la Familia y la Religión, instituciones fundadas sobre la ignorancia, sobre la esclavitud y sobre la miseria del obrero, que tienen por objeto mantener y acrecentar estos males y perpetuar y acrecentar los privilegios, las riquezas, la tiranía y los vicios de la clase dominante. Os hemos explicado cómo la sociedad debería y puede ser reformada, substituyendo la Propiedad individual por el Comunismo, el Gobierno por la Libre Asociación, la Familia Legal por el Libre Consentimiento de los individuos de ambos sexos y la Religión por la Ciencia y la Instrucción. Hemos demostrado cómo este cambio no puede efectuarse con pequeñas reformas, por leyes dictadas por los Parlamentos presentes y futuros, por voluntarias concesiones de los Gobiernos y capitalistas, sino que, al contrario, debe efectuarse necesariamente, como todo verdadero progreso efectuado en el pasado, por medio de la Revolución. Nosotros no somos revolucionarios por el placer de ver verter sangre, sino por necesidad, porque estamos convencidos de que los burgueses no abandonarán sus privilegios y porque todos los días millares de vidas obreras quedan sacrificadas y es mejor mil veces morir combatiendo que languidecer en los sufrimientos y privaciones. Los obreros, quieran o no, están obligados a luchar con los patronos, hacer huelgas, rebelarse. Con una poca más de energía y audacia podrían libertarse para siempre de sus dueños y, asegurar el bienestar y la independencia suya, de sus hijos y la de todos.